

La dignidad de una muerte

Víctor Manuel Domínguez
Escritor y periodista
La Habana, Cuba

La condena internacional contra el gobierno cubano por su indolencia frente a la huelga de hambre que, tras 86 días, provocó la muerte al prisionero de conciencia Orlando Zapata Tamayo, anuncia el retroceso de una maquinaria propagandística sin escrúpulos a la hora de defender los intereses de la revolución

El mecanismo manipulador del Estado cubano, diestro en contraofensivas injuriosas, artimañas descalificativas y otras manipulaciones emparentadas con el poder absoluto y la falta de principios éticos, no ha podido esta vez frenar la gigantesca ola de rechazo causada por la muerte de Zapata Tamayo.

La virulencia de los ataques contra un clamor que supera con creces los reclamos de justicia por las víctimas inocentes del Remolcador 13 de Marzo, de las avionetas de Hermanos al Rescate y de tres jóvenes negros fusilados por intentar secuestrar una lancha, demuestra que tienen miedo. El gobierno cubano, encolerizado por las miles de voces que reclaman el fin de las violaciones a los derechos humanos, acude como siempre a la descalificación.

Para dar inicio a su carnaval de injurias, en el diario *Granma* calificaron a Zapata de «prisionero común», con varias causas acumuladas en su expediente delictivo. Luego, «que fue manipulado y de cierta forma conducido a la autodestrucción para satisfacer necesidades

políticas ajenas», es decir: convertirlo en un mártir de la contrarrevolución.

Se niega que Zapata fuera encarcelado durante su ayuno, el 18 de marzo del 2003, casi simultáneamente con los 75 opositores pacíficos, periodistas, bibliotecarios y sindicalistas independientes víctimas de la Primavera Negra y condenados a largas penas de prisión. Además, se insinúa que no tenía opinión propia, pues tuvo que ser manipulado por otros, que buscaban utilizar su muerte como bandera.

Estas patrañas informativas a que las autoridades cubanas nos tienen acostumbrados, y a las que se suman algunas sucursales de la descalificación internacional, dejan al desnudo el desgaste de un régimen que ya no tiene la más mínima credibilidad. Sin embargo, de nada les ha servido hablar del cerco mediático levantado contra la isla, acudir al socorrido pretexto de la intromisión en los asuntos internos del país y mucho menos acusar al sempiterno enemigo del Norte por la campaña mundial contra los encarcelamientos injustos que mantienen alrededor de 200 presos políticos en prisión.

Tampoco aportan mucho las firmas de los repentinos francotiradores de la izquierda caviar, en cuanta violación a los derechos humanos en Cuba genere rechazo mundial, pues sus visiones unilaterales son conocidas por los demócratas del mundo. Adolfo Pérez

Esquivel, Rigoberta Menchú, Samir Amin, Ignacio Ramonet y Eduardo Galeano, entre otros, se adhieren al llamamiento de la revolución “En defensa de Cuba”, pero son calificados como los peores ciegos, que no quieren ver quién sabe por qué prebenda o razón.

El silencio cómplice o el apoyo al régimen de la Isla por Chávez, Lula, Evo, Correa, Ortega y demás, no se toma en cuenta. Sus gobiernos son reflejo del cubano, como un mismo perro con diferente collar.

Miles de personas en marchas solidarias en Los Ángeles, Nueva York y otras partes del mundo por el respeto a los derechos humanos en Cuba, forman una gigantesca marea que el derruido muro de la revolución no podrá aguantar. Como si fuera poco, alrededor de 40 mil firmas se unen en el *blog* orlandozapatata-mayo.blogspot.com para patentizar que la muerte del opositor pacífico no será silenciada.

Las exigencias internacionales por la liberación inmediata e incondicional de los presos políticos en Cuba, avalada por alrededor de 40 mil firmas de personalidades de todos los sectores de la sociedad, anuncian el principio del fin de la impunidad de la revolución.

La Premio Nobel de Literatura Herta Miller, los premios Cervantes Mario Vargas Llosa y Juan Marsé, el cineasta Pedro Almodóvar, el historiador Enrique Krause, el actor Andy García, los cantantes Ana Belén y Víctor Manuel, Nacha Guevara, Las Damas de

Blanco y otros muchos configuran un compacto mosaico internacional por la libertad de Cuba, difícil de opacar con una contraofensiva mediática.

Si alguna lección se saca de la injusta muerte de Orlando Zapata Tamayo, es que ya Cuba y el mundo están cansados de la impunidad del régimen que por más de medio siglo desgobierna el país. De ahora en adelante el clamor encendido no se apagará. Dentro y fuera de Cuba ya no funciona la manipulación informática. El activismo, los grupos alternativos de información y el internet, mantendrán esta llama encendida.

Cada día son más los cubanos que sufren en carne propia las injusticias de una ley diseñada contra todo aquel que no acate las órdenes o se niegue a dejarse chantajear e ir contra sus propios vecinos o compañeros de trabajo. Aumenta el ya más que excesivo número de personas con familiares en prisión por delitos que no existen en ningún otro lugar. Y aunque tal vez resulte una frase común, Zapata vive. No sólo en el llanto permanente de su madre, en sus compañeros de lucha y en todo aquel que aún sin sumarse al reclamo de libertad, escucha, valora los pros y los contras, hasta llegar a comprender que lo único que puede perder es la dignidad.

Y en eso Orlando Zapata Tamayo tenía la razón y es un ejemplo a seguir, pues prefirió ser un muerto digno a un vivo humillado.